



Capítulo 646: Lo lograste en el primer intento.

El silencio que siguió fue diferente.

Ni pesado ni tenso—sólo cargado de expectativas.

Sapphire dio unos pasos hacia adelante, posicionándose entre Vergil y Wukong, con la mirada fija, demasiado consciente para alguien que simplemente estaba "hablando" El viento en la cima del monte Hua agitaba suavemente su cabello y las nubes de abajo continuaban moviéndose, indiferentes al peso de la decisión que se acercaba.

"Wukong," dijo sin rodeos. "Necesito que ayudes a Virgilio."

La reacción fue inmediata.

Wukong parpadeó.

Una vez.

Por otra parte.

"...¿Ayuda cómo?" preguntó, señalando con el pulgar su propio pecho. "Porque si se trata de romper montañas, luchar contra dioses o robar melocotones inmortales, puedo incluir eso en el cronograma"



Vergil miró rápidamente a Zafiro, claramente sorprendido, pero permaneció en silencio.

Zafiro no sonrió.

"No es eso", respondió ella. "Tengo un presentimiento terrible sobre este torneo."

La sonrisa de Wukong se desvaneció.

No del todo—pero el brillo juguetón en sus ojos disminuyó.

"Siempre tienes premoniciones terribles", comentó. "La mitad del tiempo el mundo casi se acaba."

"Y la otra mitad casi termina porque nadie me escuchó", replicó.



Ella respiró profundamente.

"Estoy haciendo todo lo que puedo para fortalecer a Vergil antes de que sea demasiado tarde."

Ahora Wukong observaba a Vergil más de cerca. La forma en que sostenía a Níðhögg, su presencia controlada, la restricción deliberada de alguien que sabía exactamente lo que llevaba. Algo en lo más profundo de sus ojos delataba la experiencia... y algo más.

Ambición silenciosa.



"Sabes quién soy", dijo Wukong lentamente. "Sabes lo que llevo."

Zafiro asintió.

"El Sabio Igual a los Cielos," dijo. "Uno de los dioses más poderosos que existen."

Wukong inclinó ligeramente la cabeza, un gesto casi respetuoso.

"Y él también sabe," continuó, "que el Emperador de Jade está observando todo lo que haces. Cada técnica transmitida, cada enseñanza compartida... cualquier cosa así hace sonar las alarmas."

Wukong suspiró y movió su bastón de un hombro al otro.

"No sólo el Emperador", añadió. "Si enseño mis técnicas directamente, todos los Budas lo sentirán. Todos ellos." Sus ojos se entrecerraron. "Y no tengo ningún deseo de explicarles nada a ninguno de ellos."

Virgilio finalmente habló.

"Entonces eso no es posible."

Wukong se encogió de hombros.

"No de la manera tradicional."

Zafiro meneó la cabeza lentamente.



"Lo sé."

Los dos se miraron fijamente por un momento —un antiguo entendimiento pasaba silenciosamente entre ellos.

"No lo quiero todo," continuó Zafiro. "No quiero tus secretos más profundos. Ni tus trucos para sacudir el cielo."

Wukong levantó una ceja.

"Entonces ¿quéquieres?"

Zafiro se volvió hacia Virgilio por un breve momento, evaluándolo, como si calculara consecuencias invisibles.

Luego volvió a mirar a Wukong.

"Enséñame una cosa," dijo ella.

El viento soplaban más fuerte.

Wukong entrecerró los ojos.

"...¿Una cosa?"

Zafiro asintió.



"La técnica del clon."

La cima del monte Hua cayó en absoluto silencio.

Incluso el viento parecía dudar.

Wukong no se rió.

Él no bromeó.

Él no provocó.

Su mirada se volvió seria de una manera rara y antigua —la mirada de alguien que entendía exactamente el peso de esa petición.



"...Sabes lo que estás pidiendo", dijo en voz baja.

"Lo sé", respondió Safira sin dudarlo. "Y sé lo que eso puede causar."

Vergil sintió a Níðhögg vibrar ligeramente —no con ganas de combate, sino con reconocimiento.

Wukong exhaló lentamente.

"La técnica del clon no es sólo multiplicación", dijo. "Es identidad. Will. Ego dividido sin perderse." Sus ojos dorados se volvieron hacia Virgilio. "Muchos se han vuelto locos intentando copiarlo."



Safira no miró hacia otro lado.

"Vergil no se volverá loco."

Wukong estudió su rostro durante largos segundos.

Entonces, finalmente, una lenta sonrisa apareció en sus labios.

"...Interesante."

Una vez hizo girar el bastón y lo colocó en el suelo.

"Está bien", dijo. "No puedo enseñarlo."

Safira cerró los ojos por un momento.

"Pero," Wukong continuó, levantando un dedo, "te lo puedo mostrar."

La sonrisa de Zafiro regresó—pequeña, pero aliviada.

Vergil sintió, en lo profundo de su pecho, que este momento marcaba el comienzo de algo mucho más grande que una técnica más.

Fue el comienzo de un riesgo calculado.

Y el cielo de arriba parecía demasiado atento para ser una coincidencia.



Wukong dio unos pasos hacia adelante, alejándose del borde del acantilado. La nube bajo sus pies se disipó lentamente, como si hubiera comprendido que, por ahora, no sería necesario. El Ruyi Jingu Bang permaneció apoyado sobre su hombro, silencioso—atento.

"Presta atención, Virgilio", dijo en un tono diferente al habitual. No había bromas por ahí. "No voy a explicar esto dos veces."

Vergil ajustó su postura inmediatamente. Níðhögg fue colocado cuidadosamente en el suelo a su lado. La guadaña vibró una última vez antes de quedar completamente en silencio, como si también... observara.

Zafiro dio unos pasos atrás, manteniendo la distancia. Sus ojos nunca abandonaron Wukong.

"El error más común", comenzó Wukong, caminando lentamente en círculo, "es pensar que mis clones son ilusiones, proyecciones o trucos de luz" Ella se detuvo. "No lo son."

Ella levantó su mano derecha.

"Ellos soy yo."

El aire a su alrededor se movió.

No hubo explosión de energía ni luz cegadora. Era algo más sutil—una distorsión casi imperceptible, como si la realidad hubiera parpadeado por un instante.

Entonces—



Un Wukong se convirtió en dos.

El segundo apareció al lado del primero, perfectamente idéntico. Misma postura. Misma expresión. La misma presencia abrumadora.

Vergil sintió un escalofrío recorriendo su columna vertebral. Ambos Wukong lo miraron al mismo tiempo.

"No hay jerarquía", dijeron al unísono. "Ninguno es una copia. Ninguno es el original."

Apareció un tercero.

Luego un cuarto.

Cinco.

Ten.

Los Wukongs se extendieron por la cima del monte Hua, algunos sentados despreocupadamente sobre las rocas, otros con los brazos cruzados y otros flotando en el aire. Todos emanaron exactamente la misma presión divina.

Vergil apretó los dientes.

Podía sentir... a todos ellos.



"Cada clon lleva mi testamento completo," explicó uno, mientras otro hacía girar su bastón distraídamente. "Mi fuerza, mi técnica, mi conciencia."

Un Wukong se le acercó.

Demasiado cerca.

"Y ahí es donde reside el peligro", dijo, mirándolo a los ojos. "Si tu mente no es absoluta, estás perdido."

Los demás desaparecieron todos a la vez.

Sin sonido. Sin rastro.

Sólo quedó nuevamente un Wukong.

Ella chasqueó los dedos.

"El truco no es multiplicar el cuerpo", continuó. "Es dividir el ego sin fragmentar la identidad."

Vergil respiró profundamente ahora. No por agotamiento—por concentración.

"¿Cómo?" Él preguntó.

Wukong sonrió.

"No creas clones de ti mismo", dijo. "Aceptas que ya eres múltiple."



Ella se acercó a él y tocó ligeramente el pecho de Vergil, con dos dedos presionando precisamente sobre el centro.

"Tienes al guerrero. El estratega. El sobreviviente. El asesino. El hombre que ama. El hombre que odia." Ella retiró la mano. "Todos son tú."

Zafiro observó en absoluto silencio.

"Mi técnica simplemente... da forma a eso," concluyó Wukong.

Ella dio un paso atrás y abrió los brazos.

"Ahora mira de nuevo."

El mundo destrozado.

No visualmente—conceptualmente.

Vergil sintió como si su propia percepción se hubiera visto ampliada. Wukong se separó nuevamente, pero ahora algo era diferente. Cada clon tenía un matiz distinto. Uno sonrió maliciosamente. Otro mantuvo una expresión fría. Otro observó en absoluto silencio.

Aún así—

Todos eran Wukong.



"No pelean entre sí", dijo uno de ellos. "No compiten. No están en desacuerdo."

"Cooperan", añadió otro.

"Porque todos quieren exactamente lo mismo."

Los clones avanzaron.

No contra Virgilio—a su alrededor.

Se movían en perfecta sincronicidad, ejecutando secuencias de golpes invisibles, posturas de combate, desplazamientos imposibles. El aire se cortaba, se doblaba, vibraba con cada movimiento.



Vergil sintió que su cuerpo reaccionaba por sí solo.

Memorizando.

Analizando.

Adaptando.

Níðhöggr vibró a su lado, emocionada, como si quisiera participar en ese aprendizaje prohibido.

Entonces, de repente—



Todos los clones se disolvieron en humo dorado.

Wukong estaba solo otra vez.

Miró a Virgilio, ahora en serio.

"No puedo enseñarte esto paso a paso", dijo. "Pero tu cuerpo vio. Tu mente sintió."

Ella inclinó la cabeza.

"Si eres capaz... la técnica nacerá por sí sola."

Zafiro finalmente habló. "¿Y el precio?"

Wukong sonrió, pero había algo agudo allí.

"Si comete un error," dijo, "no serán clones."

Virgilio miró hacia arriba.

"...¿Qué serán entonces?"

Wukong respondió sin dudarlo: "Fragmentos."

El silencio que siguió a la palabra "fragmentos" fue absoluto.



Virgilio no miró hacia otro lado.

Él no dio marcha atrás.

No mostró ninguna vacilación.

Él simplemente respiró profundamente.

Una vez.

Por otra parte.

Zafiro notó el cambio primero. No fue una explosión de poder ni un aumento repentino del aura—fue algo más peligroso. La presencia de Virgilio se hizo densa, como si algo dentro de él se hubiera alineado con la precisión quirúrgica.



Cerró los ojos.

Níðhogg vibró.

No en ansiedad.

En expectativa.

Virgilio no levantó la mano. Él no hacía focas. Él no pronunció palabras antiguas. Él simplemente... aceptó.



El mundo respondió.

El aire a su alrededor se ondulaba, exactamente como había sucedido con Wukong —la misma distorsión sutil, casi imperceptible, como si la realidad hubiera parpadeado.

Entonces—

Virgilio abrió los ojos.

Y había dos.

Wukong parpadeó.

Una vez.

Por otra parte.

"...¿Hm?"

El segundo Virgilio apareció al lado del primero, perfectamente alineado. Misma postura. Misma expresión fría. La misma presencia aguda que hacía que el aire pareciera más agudo a su alrededor.

Sin inestabilidad.

Sin defecto.



Níðhögg reaccionó inmediatamente—la guadaña vibró y, por un instante, duplicó la vibración, como si reconociera ambas.

Wukong dio un paso adelante sin darse cuenta.

"Esperar."

Apareció un tercer Virgilio.

Luego un cuarto.

Cuatro figuras idénticas, dispuestas en silencio, todas mirando en la misma dirección. No hay hostilidad entre ellos. Sin confusión. Sin pérdida de concentración.

Zafiro sintió que su estómago se apretaba.



No se copiaban entre sí.

Se estaban distribuyendo.

Los Virgilio se movieron.

No en caos—en armonía.

Uno dio un paso adelante. Otro se encogió de hombros levemente. Un tercio inspeccionó los alrededores. El cuarto mantuvo los ojos cerrados, como si escuchara algo más allá del mundo físico.



Wukong lo sintió.

Él realmente lo sintió.

Cada uno de ellos tenía un ego completo.

Ninguno era superficial. Ninguno estaba incompleto. Ninguno era inestable.

"...Esto no es posible", murmuró.

Virgilio —el original, si todavía lo había— habló:

"Dijiste que ya era múltiple."

Los clones asintieron.

El aire vibró.

Zafiro se llevó lentamente la mano a la boca, con los ojos muy abiertos.

Wukong, por primera vez desde que el mundo aprendió a temerle, se quedó sin palabras.

Literalmente.

Se le cayó la mandíbula.



El Ruyi Jingu Bang vibró nerviosamente, como si sintiera que algo acababa de cruzar una línea que no debería cruzarse tan fácilmente.

"...Tú—" Wukong comenzó, pero no salieron palabras.

Los clones de Vergil se disolvieron suavemente y regresaron a un solo cuerpo como humo arrastrado hacia un vórtice invisible.

Virgilio permaneció de pie.

Intacto.

Entero.

Sin dolor. Sin grietas mentales. Sin fragmentación.

Miró sus propias manos, como si simplemente confirmara algo que ya sabía.

Wukong cerró la boca lentamente.

Entonces ella se rió.

Pero no fue una risa común y corriente.

Fue corto. Incrédulo. Casi... nervioso.



"...Me llevó mucho tiempo hacer esto sin perder pedazos de mí misma", dijo, pasando una mano por su cabello dorado. "Y lo hiciste en el primer intento."

Miró fijamente a Virgilio, ahora con algo nuevo en su mirada. Respeto.

Y un claro rastro de preocupación.

Zafiro soltó el aliento que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba conteniendo.

"Entonces...", ella murmuró. "Mi sentimiento empeoró."

Wukong no apartó los ojos de Vergil.

"...El mío también," respondió.

